Una cafetería es un hospital

Para Sebastián

Sebastián Camaro entró a la cafetería hablando y falando y parlando de esotería. Mira, la historia va de esta y otra manera, ¿Te acuerdas de mí? Tomó el primer expreso que pidió, y mientras eructaba ese único sorbo empezó a declamar para sí mismo:

Soy Sebastián Camaro, hijo de Germán Camaro, Nieto de Don Juan Camaro, osea, yo soy el nieto de Juan, no mi padre, mi padre es mi padre, Germán, quien es hijo de Don Juan, ¿cachas? Soy hijo del día de ayer, cuando lo vean pregúntenle y sabrán por qué me expreso así. Tengo la médula vibrante, y para las miradas que están azotándome ya empezó mi barrunto, créanme, díganme y miéntanme lo que quieran, soy un alma con espíritu libre y con un cuerpo igualmente envidiable y esbelto. No me gustan los embalajes frígidos debido a mi sangre caliente. Cargo conmigo un socaire para no dejar salir la perversidad de mi onanismo, ni dejar entrar a ninguna maga o bruja que pueda estamparse en mi camino, tengo el corazón ralo de densidad, melindroso de carácter y taciturno de motivación. No quiero que ninguna arpía sucia e impura logre capturar esta alma que he cuidado y perfeccionado como el más lúcido bonsái. Esta alma que he elevado a la más grande beldad sin que me conturben irrisorias piernas ni sonrisas femeninas, vaya que rechazo estas nimiedades biológicas, innecesarias y manidas. Preferiría que me cayera un refusilo, que me tragara la tierra o directamente que mi encéfalo fuera toscamente infectado por un cáncer.

En el momento en que Sebastián Camaro terminó de decir estas palabras absolutamente nadie volteó a verlo. Estaba sentado en la mesa 17, esa, no, esa no, la otra, la de la izquierda, esa, ¿Por qué me preguntas cuál? Sí, la 17. La mesa 17. Y mientras Sebasti recobró la dignidad y se sentó en su silla de nuevo, se dio cuenta de que le mentí.

- ¿Me mentiste? ¿Cuándo? - Dijo mientras volteaba a ver a la ventana que estaba al lado de su mesa.

Incrédulo, recapacitó y con un movimiento suave y relajado le empezó a dar vueltas a su taza moviendo ligeramente la borra del café. En este delicado meneo se sumió de tal manera que se olvidó del inconsciente detrás de su oreja y mira. La mentira que este individuo tenía frente a sus narices era la mujer sentada en la mesa 18, quien era la única atenta a los movimientos esporádicos de Sebastián y… en una tímida mirada, sus ojos se encontraron de una manera cuasi-accidental, pseudo repentina. Casi como si estuviera ofendido, Sebuchi rodó las pupilas hacia atrás y frunciendo el ceño de forma exagerada gritó:

- ¡¿Se te perdió algo?! – rasgó la garganta y estuvo a punto de escupir sangre por la potencia, nadie volteó a verlo más que la única presta de atención.

La mujer sentada en la mesa 18 torció la cabeza para acomodar sus cabellos azules, expuso una mirada furtiva con sus ojos almendrados, por un momento arrugó su blanca (y grande) nariz para después dejarse de tonterías porque ¿Qué le pasa? Este estúpido sujeto acaba de gritar como loco en mi cafetería favorita. Desperté en la mañana con muchas ganas

de un frappé de oreo y no voy a dejar que ningún hombrecillo con lentes venga a perturbar mi ritual matutino.

Con su mano derecha, Mildred azotó la mesa. Furiosa. Sebastián no tuvo el valor de mantener las palabras que escupió agresivamente a cara de la chica. Palabras que, para ese momento, habían sido consumidas en el aire y cayeron súbitamente al suelo como gelatina. Eme se levantó de su asiento y con un porte erguido, seguro, locuaz, se acercó lentamente a la mesa de Sebastián. Mismo que seguía perdido en su mirada, era lo único existente en ese momento, todo escenario detrás de la figura de Mildred empezó a desaparecer, ambos se vieron rodeados en un espacio negro donde únicamente existía el vínculo de ojo a ojo que ambos compartían, una con desprecio y otro con asombro.

- ¿Se te perdió algo? – Dijo ella cara a cara sin titubear en la articulación fonética. – Eres muy valiente para ser tan boca-suelta. ¿Cómo te llamas?

- Soy Sebastián Camaro, hijo de Germán Camaro, Nieto de Don Juan Camaro, osea, yo soy el nieto de…

- Sísí, ta' bueno. – Interrumpió limpiamente – ¿Qué te pasa? ¿Sueles venir a cafeterías a gritarle a la gente que se te queda viendo?

Si pudiera describir la cara de Sebastián en este momento sería como si un perrito de la pradera fuera aplastado por la pata de un elefante.

- Sí, digo, no, no, claro que no. Soy un ser difícil de conturbar, pero tú pareces ser un lastre de esa idea.

- Escuché lo que dijiste, Sebastián Camaro, no me parece que realmente pienses lo que piensas pensar, ni que sientes lo que crees sentir. Estás con el corazón flagelado, ¿o me equivoco?

- No sé qué significa eso.

- Flagelar: azotar o golpear metódicamente a alguien o a uno mismo con un lá…

- Sé lo que significa la palabra, lo que no entiendo es tu intención última. Agradecería que fueras lo más escueta posible, no me gustan las concupiscencias, me siento aletargado. Lo siento. ¿Cuál es tu nombre?

- Mi nombre no importa en este momento, podremos conocernos después y será una excusa perfecta para una conversación posterior. Quien se tendrá que disculpar seré yo, Sebastián Camaro, suelo ver eso que te duele como el motor principal de toda estrategia. El amigo que tienes llamado cerebro, en quien tanto confías, es pésimo cuando se encuentra solo, cuando está frígido. También necesita sangre para bombear y dar vida a ese preciado Topus Uranus que tanto anhelas trasladar a tus manos. Sangre que viene del corazón, ahí es donde tenemos nuestro Capa blanca, nuestro magno molino de viento, "¿cachas?". Déjame auscultar esas lágrimas que se confunden con soplos, y esas nubes que tapan tus neuronas.

Sebastián tenía las manos tiritando de miedo, sudorosas de toda la ansiedad que recorría su cuerpo sentado en la vieja silla de madera. Mildred lo miró de nuevo a los ojos y dulcemente le preguntó:

- ¿Para ti qué es el amor?

La pareja pasó el resto del día en la cafetería hablando y falando y parlando de esotería. Mira, mi historia va de esta de esta y otra manera, ¿Te acordarás de mí? Tomaron café y lágrimas toda la tarde, la noche; entre libros y palabras que jugueteaban como querubines alrededor de su cabello azul y su ondulado castaño, entre sus lentes negros, entre los anillos de los dedos, las pulseras de la muñeca, la suela del calzado. Sebastián Camaro encontró al fin enmienda para su desquebrajado ánimo, deseaba ser de nuevo aplastado por la pata de ese gran elefante, que era lo que tanto le faltaba a su vida. Refitolearon los más mínimos detalles de la vida del otro, minuciosamente hicieron la exégesis escondida en sus manos. Se contaban las pestañas y se dibujaban la boca con las yemas.

Sebastián Camaro vivió hasta ese momento con un abrigo, una armadura rígida e impenetrable que se vio pandeada por el calor humano, diría: el calor más humano. Quedó expuesto en el árido desierto, que empezó a fluctuar junto con la sangre de sus latidos. Olvidándose del mundo, ¿Por qué necesito la linterna para buscarte en este obscuro vacío...? Cuando tus ojos de mariposa brillan lo necesario.

Abandonaron la cafetería cuando su mesa era la última que faltaba limpiar, le dio el mismo abrigo que dejó colgando en el perchero cuando entró por ese primer expreso. Ella ofrendó su delgada mano, y justo en el momento en que se relamía los labios para despedirse, la interrumpió un:

- ¿Te veré mañana?

El elefante se ríe.